

¿Es posible una estrategia para

Juan Pedro Mir | Maestro. Montevideo.

Síntesis de la presentación realizada en el primer encuentro sobre “*Democratizar la Educación Pública. Construcción de alternativas*”, organizado por FUM-TEP. Bella Unión – Artigas, 30 de junio de 2012.

La siguiente presentación pretende ser un aporte a la discusión sindical sobre la interpretación de los cambios que se están procesando en la educación básica y que demandan la construcción de posibles alternativas. Nos posicionamos en la línea histórica de la FUM-TEP y del conjunto del movimiento sindical, donde se concibe como fundamental ubicar las reivindicaciones puntuales en el marco mayor de las contradicciones históricas que vive nuestra república.

Tesis central

La tesis central que ponemos a consideración la presentamos en forma clara y directa:

En el actual contexto histórico de globalización y desarrollo del capitalismo posindustrial, se pueden encontrar indicios de una crisis orgánica de los sistemas educativos. Esto implica identificar las situaciones que provienen de fuera de las instituciones educativas, pero también pensar en los problemas internos que se generan en ellas.

La propuesta a desarrollar es plantear el problema educativo como un tema político que tiene sus particularidades, pero que compete a toda la república y que solo puede abordarse dentro de una estrategia general de proyecto de país.

Pistas para comprender un mundo en transformación

Los diagnósticos sobre el final de una era moderna “sólida”, son múltiples y ampliamente conocidos. Autores tan variados como Zygmunt Bauman, Manuel Castells, Eric Hobsbawm o François Dubet han investigado y divulgado ampliamente sobre este tema. Excede a nuestras posibilidades hacer una síntesis de esta situación, así que simplemente compartimos algunos elementos que nos enmarcan y que vemos posibles de vincular con las tensiones en educación.

Nuestra mirada se centra en uno de los puntos posibles de mirar el proceso histórico: los cambios en las formas y ritmos de institucionalización.

Para ello partimos por preguntarnos:

¿Cómo caracterizar a una **institución**? Tomamos nota de lo afirmado por el sociólogo francés François Dubet, que en su análisis de la crisis de la educación y su vínculo con el concepto de institución se detiene en este concepto, al que utiliza

«en un sentido particular: el que tiene la función de instituir y de socializar. La institución es definida entonces por su capacidad de hacer advenir un orden simbólico y de formar un tipo de sujeto ligado a este orden, de instituirlo. En este sentido, la Iglesia, la Escuela, la Familia o la Justicia son instituciones porque inscriben un orden simbólico y una cultura en la subjetividad de los individuos, porque “institucionalizan” valores, símbolos, porque “instituyen” una naturaleza social en la naturaleza “natural” de los individuos» (Dubet, 2008:217).

Allí se puede rastrear el lugar de la escuela que, dentro del proyecto moderno, lejos de estar sola con la tarea laicamente evangelizadora de hacer ciudadanos, se ubicaba en una red de espacios mutuamente convergentes.

Así lo describe claramente el historiador argentino Ignacio Lewkowicz:

«...cualquier institución en la modernidad forma parte de un sistema de instituciones. Hay una coordinación estatal de las instituciones que opera de modo tal que los sujetos producidos por una, son necesitados por otra. Se trata de la función del Estado como garante de la puesta en cadena de las

construir institución escolar?

instituciones. Su efecto es el ideal de racionalidad moderna: el Estado-nación como megainstitución cuyo organigrama interno es el conjunto de todas las instituciones» (Lewkowicz, 2004:43).

Estas caracterizaciones ofrecen un marco potente para explicar el desarrollo de las sociedades occidentales durante gran parte del siglo XX. El asunto es dar un paso más y ver de qué manera se han procesado cambios estructurales que demandan ver la situación desde otros ángulos.

Es posible identificar cambios estructurales en las sociedades actuales, que marcan un agotamiento del “programa institucional” referido por Dubet, donde el cambio de las formas de socialización marca una crisis orgánica del proyecto escolar, tal cual se ha construido durante los siglos XIX y XX. Esto ubica el “problema” escolar en un marco mucho más amplio.

Aquella escuela sagrada

François Dubet habla del «*fin del programa sagrado de la escuela*» (Dubet, 2006). A grandes rasgos categoriza a la institución escolar como heredera, en tiempos y formas, de las órdenes eclesiásticas. La escuela laica y republicana, de tanta presencia en Francia y de tanta influencia en nuestro país, se convirtió en una contradictoria pero exitosa empresa moderna constructora de subjetividades.

Para ello se centró en el trabajo de un actor investido a través de la *vocación* (el maestro) y en la pretensión de enseñar saberes claros, representables y “útiles” para la *patria* y el futuro de cada uno de sus alumnos. Se apoyó en una red de poder simbólico y fáctico potente (tan abarcadora que incluía desde los recursos médicos, la justicia, la policía, los partidos políticos, los clubes sociales, hasta los sindicatos).

Así se construía institución escolar, y allí se creaba y subjetivaba en gran parte cada niño. Este, a la escuela, no iba solo; lo acompañaba (y a veces empujaba) todo un tejido social. La institución escolar era uno de los espacios donde el Estado (la macroinstitución) se convertía en el proyecto global.

Por supuesto que todo esto tiene innumerables quiebres y conflictos, y que lejos de ser un relato lineal, ofrece espacios de problematización. Pero el centro de lo que nos parece claro para compartir es que, durante una época fundacional de nuestras sociedades (muchas veces añorada y pocas veces problematizada), la escuela y su tarea de construcción de saberes y ciudadanos fue parte de un proyecto mayor: el nacional-estatal.

Nuevo tiempo – nuevos desafíos

Ese mundo cambió y con eso se produce lo que Dubet identifica como el «*declive del programa institucional*». Esto no significa en absoluto el fin del Estado y menos aún de los procesos de socialización que desde las sociedades se construyen. Lo que sí marca es un cambio histórico, donde lo que sucede dentro de las escuelas se ve invadido.

El concepto que nos parece más claro, y sobre el que trabaja ampliamente Dubet, es el de “desacralización”. Este hace referencia a un proceso de cuestionamiento que viven las instituciones que en otro tiempo cumplían coordinadamente con el rol subjetivador de la socialización. Un ejemplo de esto puede ser el “cuestionamiento” permanente que se hace la escuela y sus docentes. Este es un fenómeno esencialmente multicausal y que además es una muestra más de procesos que también se dan en otros espacios (iglesias, hospitales, partidos políticos, familia, etc.).

¿Cuáles serían las causas de esta “desacralización”? En principio, se podría decir que son múltiples y globales. Mencionamos algunas de ellas.

Desarrollo del mercado como modelo por excelencia que rige las relaciones humanas

El intercambio de mercancías, que tuvo un desarrollo exponencial en el proceso capitalista, llega a niveles globales y marca intensamente las relaciones simbólicas entre las personas, los colectivos y hasta los Estados. La ciudadanía política, la pertinencia religiosa, la pertinencia familiar y también la lógica educativa se ven permeadas por la lógica del mercado, incluso en aquellos espacios que son públicos y gratuitos.

Construcción de un discurso basado en los derechos y su diversidad

Es posible trazar vínculos explicativos entre la lógica del mercado y la emergencia de discursos anclados en la lógica de los derechos. En la modernidad, estos se lanzaron como expresión política de una burguesía que buscaba ampliación de su acción y su poder, y en el seno de las contradicciones capitalistas sin duda que fueron ampliando su espacio.

Podemos agregar, además, que la escolarización laica jugó un papel clave en esta expansión de derechos. Aquella se imaginó como herramienta para el desarrollo de un ciudadano que participa en la democracia, marca su lugar y amplía su espacio dentro del espacio público. Se podría decir que uno de los efectos de la escolarización, también es el del desarrollo de una cultura de los derechos y la revalorización de los sujetos. Estos ya no son “cuerpos dóciles” que entran al templo escolar. Son actores, con voz, voto, expectativas y reclamos que definen un nuevo tipo de relación.

Presencia de nuevas sensibilidades y reclamos de lugar en la significación social

El tradicional discurso positivista, estatal y único, se ve agrietado por nuevas sensibilidades que trabajosa y contradictoriamente entran al espacio escolar. Desde las minorías étnicas a los derechos sexuales y reproductivos. Desde las perspectivas de género a la promoción de las diversas manifestaciones culturales locales. Todo termina por hacerse presente en diversas manifestaciones del currículo escolar y exige su legitimación. La escuela y sus saberes no son ya la expresión de una cultura monocorde, garantía de futuro. Expresa las contradicciones de un presente que estalla en cada rincón y sujeto de la institución.

Miradas para un abordaje posible

Este panorama, someramente descrito, nos llama a presentar posibles enfoques de trabajo.

Volvemos a la tesis inicial: el tiempo histórico marca una crisis orgánica de la educación institucional tal cual la construyó la modernidad. La pregunta es: ¿qué hacer?

Ver el cambio histórico

Lo primero es intentar ver el carácter histórico y estructural de los problemas planteados, y que los mismos van mucho más allá de la coyuntura puntual. El esfuerzo inicial sería sacar de nuestro discurso todo carácter moralista o voluntarista, que termina depositando en actores puntuales (las familias de..., la “comunidad”, el gobierno, etc.) la raíz de un problema mucho mayor.

Volver a una institución guardada en el imaginario colectivo donde la escuela sea un espacio “sagrado”, es una operación impertinente desde el punto de vista histórico y cierra cualquier espacio de nueva producción política y pedagógica de sentido. Asumir el conflicto y trabajar desde él, es quizá la única perspectiva posible para construir una acción estratégica que combine acciones a corto, mediano y largo plazo.

Disputar una nueva legitimidad en el marco global de un proyecto de país

De la mano de lo anterior, el comienzo de una reconstrucción de la institución escolar como campo de construcción republicana se da a nivel de la sociedad toda. Solo una nación que asume el lugar de la educación como espacio vinculado a su proyecto de gobierno democrático, de producción con mayor valor agregado y de construcción de relaciones sociales más justas, es capaz de iniciar un camino de cambios dirigidos.

La nueva situación institucional se piensa en relación con la república y sus conflictos, o no se piensa. Esto lleva a problematizar el concepto de autonomía y verlo en su evolución histórica. Las instituciones modernas nunca fueron “autónomas” de los proyectos de clase que se fueron construyendo a lo largo de los años. O la educación y sus instituciones se visualizan dentro de las tensiones globales de la formación social, analizando las opciones políticas, epistémicas y hasta presupuestales que la hagan viable, o vegetan en su discurso encapsulado, mientras el mercado se encarga de mover los hilos que generen las instituciones necesarias para el modelo de desarrollo en curso.

Conjugar una visión global con las acciones locales

Como intentamos explicitar anteriormente, parte de la construcción institucional de la educación se da en el espacio global de la sociedad y sus relaciones políticas. Allí, donde se disputan sentidos, donde se deciden presupuestos, donde se proyectan y ejecutan espacios de producción de conocimiento, donde la educación se hace carne en la construcción de un proyecto de país.

¿Cuánto dinero está dispuesta a dedicar la sociedad a la educación pública? ¿Cómo se controlará su ejecución? ¿Qué se le va a demandar a las instituciones educativas y qué no se les va a pedir? ¿De dónde reclutará sus cuadros y cómo los formará? ¿Qué normativas legales aplicará y qué sentidos promoverá para habilitar la relación entre familias, comunidades e instituciones? ¿Es legítimo que quienes toman estas decisiones no confíen sus hijos a la educación pública?

En este terreno de acción política, se juega gran parte del proyecto educativo de una república. Gran parte... pero no todo.

Hay otra dimensión, que se desarrolla con gran fuerza en el contexto histórico que describimos más arriba, que se juega a nivel local y tiene que ver con el tipo de experiencias concretas que habilitan a construir entre los actores que día a día circulan en ella.

A nivel nacional se deben tomar las decisiones que hagan posible y visible la construcción de un proyecto educativo, que sea el sustrato central de la república. Pero a nivel local, donde operamos los actores que protagonizamos directamente la vida institucional, se juega una gran parte de la legitimidad de la institución. La educación pública nacional debe llamar y convencer. Trabajarse internamente y lograr acuerdos, escuchar, dar cuenta de los ejes de proyecto, poner adentro de sus tareas la idea de desarrollar el proyecto simbólico que le compete y además convocar a sus alumnos, a sus familias y a su comunidad.

Este trabajo político de la institución debe ser capaz de dar la batalla simbólica clara contra dos visiones supuestamente antagónicas, pero que en su presunta diferencia terminan por tener el mismo efecto conservador. Por un lado, contra quienes ven en la “autonomía de los centros”, la panacea neoliberal del cambio. Y por otro, contra quienes creen que la “solución” vendrá exclusivamente de un proyecto central que cambie las condiciones de enseñanza y reconstruya los diques rotos. Estas dos posturas comparten la visión de desresponsabilizar y desresponsabilizarse de los conflictos. Por un lado, delegando las acciones a los espacios locales; y por otro, pasando el conflicto a los espacios fuera de la educación. Quizá sea hora de una síntesis republicana.

Una síntesis provisoria

Para finalizar nuestra intervención, queremos retomar la tesis inicial y vincularla con la acción fundamental que creemos necesaria a desarrollar en el proyecto de construir institución escolar.

Ha muerto una forma de concebir las instituciones educativas nacionales, asociadas al proceso de socialización moderno y estable dentro de los Estados. El desafío es qué herencia recoger y cómo transformarla en proyecto.

Creemos que una de las claves es apostar a la articulación de políticas nacionales claras, con la acción local concreta.

Por un lado, la república debe construir y sostener un plan de intervención que asegure las condiciones básicas para que se haga efectivo el proyecto educativo.

Esto no puede quedar en manos del mercado ni de las autonomías de los centros. Esto es tarea central del Estado, y quienes democráticamente son elegidos para gobernarlo no pueden transferir responsabilidades. En este mismo espacio nacional se debe definir simbólicamente el lugar de la educación, intentado aclarar qué se puede y debe esperar de ella¹. «*La sociedad debe aprender a no esperarlo todo de la escuela*», dice en forma meridiana clara François Dubet (2008).

Por otro lado, la acción se desarrolla también en cada espacio concreto. Allí donde ya no llega un niño modelado por el tejido institucional. Allí donde estamos actores que debemos encontrarnos y dar lugar para la construcción de legitimidades que no están escritas de antemano. La institución no es lo que era, porque ni los maestros, ni los alumnos, ni las familias, ni los saberes, ni la sociedad, somos lo que quizá alguna vez fuimos...

En el espacio local, las instituciones se deben hacer “más pequeñas y más políticas”, dice Dubet. Es decir, deben tener la capacidad de hacer y convencer. De escuchar, de dar cuenta del proceso por el que llegan a determinadas soluciones. De exponer públicamente las reglas y sostenerlas, a la vez de tener la capacidad de negociar y cambiar.

En este doble juego de espacios es que imaginamos un terreno complejo, pero sumamente fértil, donde la institución educativa tiene tanto para aportar a los destinos democráticos y justos de la república. Como sindicato es importante dar el debate y construir alternativas. ☺

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt (2010): *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- CASTELLS, Manuel (1996): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 1: *La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- DUBET, François (2006): *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- DUBET, François (2008): “El declive y las mutaciones de la institución” en M. I. Jociles Rubio; A. Franzé Mudanó: *¿Es la escuela el problema? Perspectivas socio-antropológicas de etnografía y educación*, pp. 217-246. Madrid: Ed. Trotta.
- LEWKOWICZ, Ignacio (2004): *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Ed. Paidós. Colección Espacios del saber.

¹ Es parte de estos tiempos ver cómo cada situación social de conflicto se transforma en un saber escolarizable. Todo termina por ser una tarea de la escuela, que además se publica en términos casi marciales: lucha contra las drogas, contra los accidentes de tránsito, contra el sexismo, contra el consumismo, contra... Parece que todo es un asunto “escolar”. El problema (fuertemente lógico) es que si todo es un problema escolar, entonces nada es un problema escolar... Es imperioso entonces, por aquello tan importante en cualquier civilización medianamente organizada, definir roles y responsabilidades.